

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y LA CULTURA ESPAÑOLA

Manuel Durán

Todos los seres humanos necesitan modelos, ejemplos que sirvan de guía para organizar sus esfuerzos, sus vidas. Los que nos dedicamos a la enseñanza y la investigación sentimos esta necesidad de guiarnos por modelos quizá más agudamente que en otros grupos y profesiones, ya que nosotros somos con frecuencia vistos como modelos por los jóvenes. Creo que Pedro Henríquez Ureña fue un modelo no fácil de superar. Sigue siendo norma, inspiración, fuente de sugerencias para todos los que nos interesamos por la lengua y la cultura de España y de Hispanoamérica.

Y ello se debe en gran parte a que P. H. Ureña siempre desdeñó el provincialismo, y lo superó desde el principio de su carrera intelectual, proyectándose en sus viajes hacia diversos países: Cuba, Estados Unidos, España, México, la Argentina, y siempre teniendo presente en su mente que una de las más nobles funciones de un intelectual es ser fiel de la balanza, apreciar todo lo que cada cultura ha sabido lograr, aplaudir lo que de esa cultura recibe otra cultura. En sus escritos, ensayos, notas eruditas o simplemente informativas, aparecen nombres y titulas que provienen de muy distintas regiones de nuestros mapas. Nuestro autor se ha interesado, entre muchos otros temas, por Borges, por el Marqués de Santillana, por Juan Ruiz de Alarcón, por Jacinto Benavente, por Ibsen, por James Barrie, por Nietzsche, por Valle-Inclán, por Sarmiento, por el poema del Cid, por Góngora, Plutarco, Racine, Victoria Ocampo, Jorge Manrique, el Arcipreste de Hita, Lope de Vega, Molière, Santa Teresa, *La Celestina*, Bernard Shaw, el positivismo, la superación del positivismo. Fue, como lo ha descrito Mariano Picón Salas, “un hombre que hacía claro lo oscuro”.¹

En el campo de la crítica literaria centrada en los países de habla española son muy pocos los que pueden comparársele. Hoy, es cierto, *somos muchos* los críticos: basta mirar a nuestro alrededor. Pero creo que *nuestra cantidad no iguala la calidad* de algunas figuras egregias del pasado inmediato. ¿Cómo compararnos con personalidades como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal? Son figuras que casi nos obligan a volver a la vieja imagen con que los estudiosos medievales se veían a sí mismos, frente a los grandes hombres del pasado greco-latino. Decían: “Nosotros somos enanos, pero nos hallamos, por suerte, encaramados en los hombros de los gigantes que nos han precedido”.

La imagen no es del todo inexacta si pensamos en lo que han hecho por y para nosotros los grandes hombres a los que me refiero.

¹ Es éste el título goethiano que da Mariano Picón Salas a su ensayo sobre Henríquez Ureña en el número dedicado a don Pedro en la *Revista Iberoamericana*, vol. XXI, enero-dic. 1956, núms. 41-42 págs. 69-73.

Una y otra vez hemos de regresar a lo que crearon. Y si creemos que basta con citar a Derrida y Lacan para sentir que vamos por buen camino, yo sugiero que volvamos a los clásicos, y los clásicos son, deben ser para nosotras, pensadores, humanistas y filólogos como Pedro Henríquez Ureña. Fue el más universal, el menos provinciano de los grandes de su tiempo —y conste que todos ellos supieron cruzar las fronteras nacionales con el vuelo de su mente en forma que hoy en día nos parece cada vez más difícil—. Nacido en tierra americana, en el Caribe, sintió una honda admiración por España, que ocupó su atención crítica y erudita en numerosos casos, y este es un aspecto que a mí, nacido en España, me interesa subrayar. Picón Salas señala: “Que Pedro Henríquez Ureña, nacido en Santo Domingo, fuese figura decisiva en el movimiento mexicano de reacción antipositivista hacia 1910; hispanista en España entre los más sabios y sagaces maestras del Centro de Estudios Históricos, y profesor de gran influencia en las nuevas generaciones argentinas a partir de 1924, indica que a pesar de la fragmentación política de nuestros pueblos, disponemos de órbita inmensa para la cultura común, como quizás no pueda presentarla ningún otro linaje étnico o lingüístico”.² (*Revista Iberoamericana*, vol. XXI, enero-dic. 1956, pág. 71).

Dos son los libros esenciales en que el cariño y la admiración de Pedro Henríquez Ureña por la historia, la lengua y la cultura de España han quedado expresados. El primero. *La versificación irregular en la poesía castellana* (Madrid, 1920; segunda ed., Madrid, 1933), sigue siendo un libro fundamental para entender la Edad Media española en su aspecto literario. Señala Henríquez Ureña que desde el siglo XII hasta fines del XIV los versos irregulares abundan en Castilla, y el fenómeno de la fluctuación existe en toda la versificación española, pero con caracteres diversos y en grados distintos. Hasta 1600, la versificación irregular o acentual está en manos del pueblo y recibe poca atención de los hombres de letras; desde 1600, los poetas cultos se apoderan de ella, y acaban por transformarla, regularizándola. El carácter renacentista del siglo de Carlos V va cediendo cada vez más ante el reflujó de tendencias nativas que dan su peculiar sabor al siglo XVII en España. El apogeo de la versificación irregular en las manifestaciones cultas de las letras castellanas coincide con la época de mayor esplendor del teatro, a la vez del teatro profano y del religioso. Eclipsada en la época moderna, contribuye, sin embargo, al nacimiento del moderno verso libre a partir del libro esencial de Rubén Darío, *Prosas profanas*, publicado en Buenos Aires en 1896. El libro de Ureña abre nuevas perspectivas, es una cala en la literatura española de todos los tiempos, como bien reconoce Menéndez Pidal en su prólogo a la segunda edición (Madrid, 1933) al escribir: “Y bien puede decirse que Henríquez Ureña, penetrando la esencia musical de esta métrica antes desconocida, abriendo el espíritu del lector a gustar bellezas que antes dejaban insensible a la crítica, ha conquistado una nueva provincia para la historia literaria”, (pág. VI).

Quizá el éxito de Ureña en este libro se deba a su extrema sensibilidad frente a la música y a los ritmos. Ha escrito páginas excelentes sobre la música en España, sobre

² *Ibid.*, pág. 71.

Wagner y Debussy. Los que no entienden de música, creo, no deberían escribir acerca de la poesía, ya que sin música la poesía simplemente no funciona, no es poesía.

De gran interés es también el libro de Pedro Henríquez Ureña titulado —y es significativo este título— *Mi España*, de 1922. Son artículos de interés muy actual, artículos y ensayos sobre el presente, casi todos, y en ninguno falta la apreciación a la vez inteligente y afectuosa, escrita y sentida *desde dentro*. Como escribe en el prefacio:

Reúno en este volumen páginas diversas sobre España, con la esperanza de que, a través de ellas, se perciba la unidad que descubro en las cosas españolas... Lo diré desde luego: mi primera visita a Esparta la hice con prejuicios. La historia del dominio español en América no se ha limpiado todavía de toda pasión; el español de América es, de necesidad, luchador, y se ve obligado a enseñar las garras. . . Pero la llegada a tierra española desarma en seguida. Si llegamos, sobre todo, de países en que domina otra lengua y otra civilización —aunque sea de Francia—, creemos estar de regreso en la patria: Cádiz y Santo Domingo son, para la imaginación excitada, una misma ciudad: los muelles de Barcelona se confunden con los de La Habana, o sus avenidas con las de México... No todo es sentimentalismo. Hay, también, la convicción intelectual. He aquí un pueblo que realizó grandes cosas, que trata de realizarlas todavía, que conserva una capacidad sorprendente, en desproporción con sus medios, con sus recursos de acción. Por mi raza ha hablado el espíritu; por mi raza hablará de nuevo; todo está en que vuelva a dominar todos los medios de expresión.³

Y a todo ello siguen páginas admirables sobre las ciudades españolas, el Ateneo de Madrid, Adolfo Salazar y la vida musical en España, Enrique Granados y su ópera *Goyescas*, Moreno Villa, Velázquez, Juan Ramón Jiménez, Azorín, Menéndez Pelayo, Cervantes.

Finalmente, *Plenitud de España*, libro que reúne ensayos escritos casi todos de 1940 a 1945. Ensayos maduros, ricos en inteligencia crítica y siempre bien escritos, sobre España en la cultura moderna, Rioja y el sentimiento de las flores, tradición e innovación en Lope de Vega, Hernán Pérez de Oliva, el Arcipreste de Hita, la cultura española en la Edad Media, la poesía tradicional, *La Celestina*, los matemáticos españoles, las tragedias populares de Lope, Tirso de Molina, Luis Carrillo y Sotomayor. Cuánta curiosidad, qué vivo interés: todo ello ha sido muy bien descrito por Alfonso Reyes:

Que Pedro Henríquez Ureña siempre me haya parecido una reencarnación de Sócrates lo he dicho mil veces: por su apariencia y presencia, por ajeno a las convenciones inútiles, por probo y fuerte y sabio, por ávido de análisis y goloso de conocer y entender al prójimo, por sediento de educar y educarse, por la valentía y sinceridad de su trato que rayaban en la impertinencia. Su

³ Cito por la ed. preparada por Emma Susana Speratti Piñero, *Pedro Henríquez Ureña. Obra crítica*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, México, 1960, págs. 187-188.

conversación era una mayéutica constante! sacaba el alma afuera a sus interlocutores y desagradaba a los necios. Lo enfrentaba a uno consigo mismo. Y se plantaba ante el mundo con aquella visión virgínea que hacia recordar la actitud de Anacarsis Escita ante la sociedad ateniense.

Pero la mayoría de sus condiciones y cualidades más personales se quedó fuera de sus libros. Si no hubiera escrito, como Sócrates no escribió, y si como aquél sólo persistiera en el recuerdo de sus amigos, las dos siluetas se ajustarían todavía mejor, pero hubiéramos perdido la noble cosecha de sus libros. Hay, con todo, un hiato irremediable entre Pedro el hombre y Pedro el escritor. Es necesario que se diga y se sepa. De otro modo, quienes no lo conocieron de cerca no sospecharán todo su caudal. Pedro el escritor es perfecto, vive en la tradición, la gran tradición de las letras y la cultura, y ocupa un sitio único en la crítica hispanoamericana y en los fastos de la lengua española. Pero Pedro el hombre era insondable, inesperado, vertiginoso y genial; y como su originalidad y su despojo de atavíos y miramientos inútiles llegaban fácilmente al cinismo (no entendido groseramente, sino según lo entiende la filosofía), también se lo pudo llamar, como al gran cínico de antaño, “el Sócrates furioso”.⁴

Aníbal Sánchez Reulet nos ha dejado un retrato más sereno:

Fiel a su actitud racionalista, Don Pedro creía en el poder de las ideas. Pero no de las ideas abstractas, sino de las ideas encarnadas en los hombres. De ahí su preferencia por el método socrático, por el comercio directo de ideas entre maestros y discípulos. Era el único modo eficaz de prolongar, en el futuro, la genealogía moral de nuestros pueblos de América. Afirmaba que no debíanlas desesperar mientras hubiese en ellas diez, hombres justas que buscasen el bien. Y había levantado en su conciencia una especie de panteón invisible en el que honraba, cada día, la memoria de sus héroes preferidos: Sarmiento, Hostos, Martí, Rodó. De todas las lecciones que de él recibí ésta fue la más importante: sentir nuestra América como una comunidad moral, incesantemente renovada, de hombres de buena voluntad que creen en la utopía y trabajan por realizarla.⁵

Lo único que he intentado llevar a cabo en estas breves páginas es insinuar que la visión de la América Hispana que Pedro Henríquez Ureña nos ha dejado es más amplia y profunda que la que solemos tener: abarca no solamente el tronco, las hojas y los frutos del gran árbol continental, sino también las raíces, estas raíces españolas que tantos años han nutrido, y con frecuencia siguen nutriendo, las frondas del gran árbol.

- *LA PALABRA Y EL HOMBRE*, ABRIL-JUNIO 1986, NÚM. 58, P. 76-79.

⁴ Alfonso Reyes, “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña”, *Cuadernos*, París, enero-feb. 1955: reprod. en la *Rev. Iberoamericana*, en el núm. antes citado, págs. 55-56.

⁵ Aníbal Sánchez Reulet, “Pensamiento y mensaje en Pedro Henríquez Ureña”. *Rev. Iberoamericana*, núm. citado, pág. 67.